

## PUERTO RICO Y SU FUTURO EN AMERICA\*

GORDON K. LEWIS\*\*

MÁS o menos equidistante de ambos continentes del hemisferio occidental, Puerto Rico, como el propio Mar Caribe, ocupa una situación geográfica de no poca importancia. Se halla en las márgenes, por así decirlo, de las dos grandes civilizaciones del Hemisferio: el mundo norteamericano del moderno capitalismo industrial, el mundo sudamericano del feudalismo semi-agrario; el uno protestante y anglosajón en su molde cultural, el otro católico e hispánico, con sus veintiuna repúblicas que comparten, en formas distintas, el común legado español que heredaron como los estados sucesores del Imperio español de Indias. Lo que da a la ubicación del Caribe su actual significación peculiar es que, por primera vez desde el descubrimiento, estas civilizaciones gemelas han llegado a un punto en que en vez de continuar desarrollándose por separado, distinta la una de la otra y en gran parte indiferente la una a la otra, con sólo encuentros ocasionales engendradores de conflictos entre ellas, las dos civilizaciones ahora se enfrentan al magno problema de confrontarse, de organizar sus dispersas y desiguales relaciones mutuas para forjar con ellas una estructura más estrecha y permanente, de desarrollar un espíritu de mutua comprensión y un sistema de mutua ayuda en nombre de un destino hemisférico común. Distintas fuerzas, a medio percibir todavía en la conciencia han conspirado para provocar el giro histórico decisivo: la terminación del expansionismo norteamericano al cerrarse la frontera del Oeste, el despertar de los gigantes sudamericanos que dormían, como Brasil, Argentina y Venezuela, mientras tratan de unirse al mundo moderno, el reto que significa para el panamericanismo la intrusión del comunismo en esta región, el hecho de que los Estados Unidos

---

\* Traducido por José E. González.

\*\* Profesor del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. El artículo es parte de su libro *Puerto Rico: Freedom and Power in the Caribbean*.

aceptaran —aunque renuenteemente— la posición y responsabilidades del liderazgo mundial, de la condición, por así decirlo, de nueva Roma en este moderno mundo helenístico, papel para el cual un siglo de aislamientismo apenas si preparó al pueblo o al gobierno norteamericano, y, sobre todo, la emergencia de una tecnología termonuclear tan universal en su capacidad de destruir que la misma idea de un sistema de defensa propio del Hemisferio Occidental se ha vuelto anacrónica aun antes de que los hombres de Estado del hemisferio hayan podido conferir a la idea un adecuado atuendo institucional. No hay duda de que el futuro de todo el Caribe depende del resultado último de esta confrontación seminal de los dos sistemas culturales del Hemisferio. Si el desenlace es el nacimiento de un genuino sistema panamericano, basado sobre la vieja idea de la unidad panamericana, el Mar Caribe, junto con el viejo litoral hispánico, se podría convertir en el lugar común de encuentro, sirviendo a ambos precisamente porque no depende enteramente de ninguno. Si, por el contrario, el resultado no es la cooperación sino el conflicto —presumiendo por ejemplo que surjan más Cubas al sur del Río Bravo— entonces el mar mediterráneo de América podría rápidamente convertirse en una especie de tierra de nadie, donde los protagonistas libren su guerra, ya sea psicológica o física. En ese caso, Puerto Rico, junto con otros Estados del Caribe, y de la América Central, degeneraría en peón de sistemas de Estados rivales, como Polonia, presa entre Rusia y Alemania en los siglos dieciocho y diecinueve, o como los nuevos Estados del Cercano Oriente atrapados al presente entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Señalar meramente esa posibilidad es poner énfasis sobre lo mucho que Puerto Rico arriesga en el desarrollo de la paz y de la prosperidad dentro del Hemisferio.

El futuro americano de la Isla se convierte entonces en la cuestión de sus futuras relaciones, por una parte, con los Estados Unidos y, por la otra, con el mundo latinoamericano hacia el sur. Una vez más, el hecho fundamental a ser tomado en cuenta en la discusión de ese problema es la vinculación de la isla con el poderío norteamericano, pues al igual que tal nexo circunscribe las relaciones de Puerto Rico con sus vecinos del Caribe, también parecidamente limita las relaciones con las sociedades latinoamericanas. Entonces, lógicamente, si una vida genuinamente caribeña para la Isla exige la independencia, también la exige una vida genuinamente hemisférica. Pues si, como ha observado un historiador puertorriqueño, el puertorriqueño moderno es el resultado de una "veta mediterránea que corre desde el sur de Grecia al sur de Italia y las islas Baleares, y desde allí al sur de España y las Azores y las Canarias, hasta Puerto Rico y las Antillas hispá-

nicas",<sup>1</sup> ese hecho lo sitúa culturalmente en el redil latinoamericano antes que en el medio norteamericano, cuyos rasgos dominantes han sido formados por el elemento noreuropeo. Sin embargo, desde 1898, la educación, los intereses económicos, la afiliación política han conspirado para eclipsar esa verdad. Hasta el debate libre sobre esa verdad es desalentado, no tanto porque, es cierto, exista una brutal represión norteamericana (que para ser justo, no existe) como por obra de la propia mentalidad colonial puertorriqueña, quien ha adquirido la habilidad de echar hacia el subconsciente los hechos desagradables o perturbadores, o, en el mejor de los casos, de disfrazar su incómodo sabor por medio de complicados sofismas. Esto explica por qué se discute el aislamien-tismo colonial en forma indirecta por medio de una refinada discusión sobre "identidad cultural", o por qué la creación de un arsenal atómico en la Isla, debido en gran parte a la negativa de los Estados norteamericanos del litoral Atlántico a aceptar papel tan riesgoso en el sistema nacional de defensa, sólo provoca discretas murmuraciones, o porque la respuesta oficial del Partido Popular a los grupos independistas de propagandas es afirmar gratuitamente el libelo de que la independencia aislaría al país del resto del mundo. Y el precio que el puertorriqueño paga por todo esto es en verdad muy alto. Pues mientras se le trata todavía como un ciudadano de segunda clase en los Estados Unidos, tanto en el sentido económico como en el legal, los latinoamericanos le rehusan un fraternal reconocimiento, descartándole, a menudo injustamente, como agente vendedor político de los intereses norteamericanos. Está el puertorriqueño cogido entre Escila y Carybdis. Emanciparse de tan cruel dilema es el prelude necesario de su ser panamericano en el sentido íntegro.

La condición político-constitucional de la Isla como una sociedad neocolonial (Cap. XVIII) y las consecuencias socioculturales de ese hecho (Cap. XIV) ya han sido recalculadas lo suficiente. Sin embargo, hay algunos aspectos que merecen énfasis adicional. Para comenzar, uno de los aspectos más asombrosos de esta condición subordinada de la Isla es que el vehículo legislativo de subordinación constituye un sistema del gobierno federal norteamericano que apenas si ha cambiado en sus características fundamentales desde que llegó la bandera norteamericana a la Isla. Nada podría ilustrar esto mejor que el hecho de que las agudas críticas a ese sistema formuladas por Mr. Snow en 1902, en su obra de mentalidad imperial, *The Administration of Dependencies*, pueden ser reiteradas sesenta años más tarde, sin grave

<sup>1</sup> Arturo Morales Carrión, "What is a Puerto Rican?", discurso pronunciado ante el Instituto de Puerto Rico en la ciudad de Nueva York. Reproducido en *The Island Times*, San Juan, Puerto Rico, 24 de noviembre de 1961.

alteración, como una imagen válida de una estructura legislativa federal completamente mal adaptada, entonces como ahora, al gobierno de las dependencias de ultramar. Snow resumía su argumento en los siguientes términos: "Considerando, primero, la cuestión de lo apropiado que sea tratar de administrar las dependencias totalmente por medio del Congreso, debe observarse que, si tal fuera el método habitual y constante de administración, equivaldría a la administración habitual y constante por una oligarquía de extranjeros, cuando se viera desde el punto de vista de las dependencias. Si la oligarquía fuera compuesta por un pequeño grupo de hombres, que posean una unidad de puntos de vista y de intereses, bien enterados de las circunstancias y condiciones locales de las dependencias tanto como las correspondientes de la Unión, tal cuerpo tal vez podría ser un instrumento propio y efectivo para el desempeño del fideicomiso nacional. Sin embargo, como cuestión de hecho, el Congreso no es un cuerpo pequeño sino grande, no posee una unidad de puntos de vista y de intereses, sino que siempre está dividido por lo menos en dos grandes partidos y siempre representa intereses locales, muchos de los que se oponen no sólo a los intereses de las dependencias sino a los intereses de los otros; sus miembros han sido electos primordialmente para proteger intereses locales, en segundo lugar, para proteger los intereses de toda la Unión y, últimamente, cuando esos intereses han sido protegidos, para proteger los intereses de las dependencias. Con las mejores y más honradas intenciones del mundo, un hombre electo al Senado o la Cámara de Representantes se halla bajo presión para proteger los intereses locales y los intereses de toda la Unión, lo cual le imposibilita poner los intereses de las dependencias sobre nada que se parezca a un pie de igualdad con los otros intereses".<sup>2</sup>

Hoy las relaciones entre Puerto Rico y el Congreso siguen girando alrededor de esta verdad fatal. Los puertorriqueños no sólo han sufrido los efectos del tradicional conservadurismo de la política Congresional, aún más, han sufrido a causa del profundo conservadurismo de la misma estructura del gobierno nacional norteamericano. Los puertorriqueños suelen adular a los norteamericanos por su modernismo y, sin embargo, ese modernismo ha faltado significativamente en el crecimiento —o más bien, la ausencia de crecimiento— de las instituciones políticas nacionales. Ciertamente, el temple de feudalismo político ha sido lo suficientemente fuerte para impedir reformas menores, no se hable de mayores, en un ministerio centralizado de colo-

<sup>2</sup> Alpheus H. Snow, *The Administration of Dependencies. A Study of the Evolution of the Federal Empire, with Special Reference to American Colonial Problems* (Nueva York y Londres; J. P. Putnam's Sons, 1902), págs. 528-529.

nias del gobierno federal, atendido por una clase de funcionarios de servicio colonial, lo que Mr. Snow tomó de prestado a las obras de Paul Leroy-Beaulieu sobre administración colonial. De esta guisa, hoy como en 1902, los puertorriqueños están gobernados en formas innumerables por una "oligarquía de extranjeros" en las salas donde se reúnen las comisiones del Congreso. Unos pocos, es cierto, han tratado muy en serio de llegar a conocer los problemas de las dependencias, hombres como los diputados Homer Bone y Charles Porter y el finado Fred Crawford, que rindieron valiosos servicios luchando por los derechos de los territorios y dependencias de la nación. Alguna que otra vez surge un diputado como Donald Irwin, de Connecticut, cuyo dominio del español, por haber pasado su infancia en Argentina, lo prepara muy peculiarmente para defender los intereses puertorriqueños. Pero aún así, la mayoría de los congresionales están sujetos a las leyes políticas descritas por Mr. Snow y eso puede trazarse a la influencia universal del "régimen local" en la teoría y en la práctica electoral norteamericana. Con mucha frecuencia también, existe una verdadera hostilidad en el Congreso a las reclamaciones puertorriqueñas. Y si no hay hostilidad, sí hay ignorancia de los asuntos puertorriqueños con más o menos los mismos resultados. La observación petulante del Presidente de la Comisión de Servicios Armados de la Cámara de Representantes norteamericana, cuando se discutía en dicha comisión las partidas que habrían de asignarse a la estación de radio de la Armada en Sabana Seca, Puerto Rico —"todos estos países extranjeros, con nombres tan extravagantes"<sup>3</sup>— no deja de ser representativa de la actitud general. El Congreso tradicionalmente ha sido lento en introducir cambios en la administración colonial, como lo han descubierto los puertorriqueños muy a su pesar. También existe el factor adicional de que el Presidente suele esperar a que el Congreso tome la iniciativa en este campo, a menos que se interpongan necesidades irresistibles, pues de lo contrario él corre el riesgo de humillante derrota. La incapacidad de la Administración Kennedy para persuadir al Congreso de que aprobara las medidas legislativas, patrocinadas por el ejecutivo en 1962, para que se aboliera la práctica discriminatoria de imponer exámenes sobre la capacidad de leer y escribir a los electores para que estos puedan votar, legislación que hubiera dado la oportunidad de ejercer el voto a tantos puertorriqueños en Nueva York que no saben hablar inglés, provee la más reciente corroboración de aquel hecho. Otra prueba la hallamos en la prolongada y amarga

<sup>3</sup> House of Representatives, Committee on Armed Services Hearings, 2 de marzo de 1959. p 1108. Véase además el tratamiento dado a los representantes de los azucareros puertorriqueños en el Comité de Agricultura de la Cámara según apareciera en *El Imparcial*, San Juan, P. R., 12 de junio de 1962.

lucha de los ciudadanos de las Islas Vírgenes por lograr que el Congreso conceda el gobierno propio local, libertándose ellos así del control del Departamento del Interior y de la Comisión de Asuntos Insulares y del Interior de la Cámara de Representantes. Esta lucha ha obligado a los isleños a inventar numerosas técnicas como, por ejemplo, informes de eruditos en carácter de asesores, cabildeadores pagados en Washington, memorias elevadas al gobernador nombrado por el Gobierno Federal, con el propósito de remediar la inercia del Congreso. La actitud general del Congreso frente a los problemas de las Islas Vírgenes se refleja con bastante exactitud en el libro escrito en 1945 por el Director Auxiliar de la Biblioteca del Congreso. En este libro, después de una larga papología del dominio norteamericano y un ataque encarnizado al carácter moral de los isleños, dicho Director termina con la durísima sugestión de que en vista de que "el trabajo en Harlem es mucho mejor que la caridad federal en Santa Cruz", el gobierno federal lógicamente "no objetaría si la población de las Islas Vírgenes disminuyera hasta el punto de tener que enviar desde Puerto Rico a alguien que se hiciera cargo, aunque los hombres de negocios locales y los empleados tanto federales como locales considerarían que tal cosa es degeneración y barbarie".<sup>4</sup>

Si las relaciones políticas entre los Estados Unidos y Puerto Rico son insatisfactorias, las relaciones culturales lo son aún más. Para comenzar, la base económica de las relaciones es desigual, pues en general los norteamericanos vienen a la Isla a ocupar puestos bien pagados de "cuello blanco" mientras que los puertorriqueños van a Estados Unidos a trabajar como proletarios. La Oficina de Migración del Estado Libre Asociado ha hecho mucho para proteger al trabajador puertorriqueño en el Continente. Con todo, casi no ha podido intervenir para impedir la explotación de frutas y el fracaso del movimiento obrero sindical para que los trabajadores negros y puertorriqueños no fueran víctimas de la explotación de gremios "racketeros" en la región de la ciudad de Nueva York. Tampoco se puede decir que la protección política de los exilados ha sido mejor, no obstante que la Alcaldesa de San Juan hace de vez en cuando pintorescas excursiones a los medios políticos de Nueva York. El barrio puertorriqueño sigue siendo un *ghetto* de extranjeros culturales, quienes todavía tienen que probar si pueden sostenerse frente a los jefes políticos de Tammany Hall o si pueden arrancar a los elementos reformistas de la Administración Wagner la compensación por su respaldo a esos elementos en la dramática disputa por la alcaldía en 1964. Los puertorriqueños se convierten, en verdad, en las víctimas desdichadas de los sermones mora-

<sup>4</sup> Luther H. Evans, *The Virgin Islands. From Naval Base to New Deal* (Ann Arbor: Michigan, J. W. Edwards, 1945). p. 316.

les al efecto de que deben "americanizarse" con el fin de triunfar como grupo en el feo mosaico del separatismo étnico en la política neoyorquina. Por otro lado, hay poca evidencia de que los neoyorquinos estén dispuestos a aceptar el consejo utópico de los trabajadores sociales puertorriqueños de que ellos, a su vez, tienen mucho que aprender de sus vecinos puertorriqueños en materia de costumbres, agradables, buenos principios morales y un sentimiento fuerte de familia.<sup>5</sup> En cambio hay indicios de que las presiones y tensiones de la vida en las ciudades norteamericanas tienden a dividir a los puertorriqueños antes que a unirlos en un bloque de votantes. La apasionada discusión que se registró entre los puertorriqueños de Nueva York cuando el Director de la Oficina de Migración del Estado Libre Asociado hizo unas desdichadas manifestaciones en 1958, es síntoma de un grave conflicto interno de grupo, característico de la historia de todos los pueblos que han emigrado a los Estados Unidos. Es el conflicto entre el grupo de "la primera generación" y la "segunda generación". Muchos miembros de este grupo han estudiado en universidades, se han desarraigado de la vida del *ghetto*, saben muy poco español y conocen a Puerto Rico sólo por lo que han oído decir de la isla.<sup>6</sup>

En los medios culturales de la Isla la situación no es mucho mejor. El cuadro oficial es el de la amistad entre los puertorriqueños y los norteamericanos. Sin embargo, la realidad es menos placentera. Muchos de los "continentales" hacen esfuerzos verdaderos, y con éxito, de comunicarse con sus vecinos puertorriqueños. Algunos logran identificarse tanto que se vuelven completamente puertorriqueños. Los norteamericanos tienen un excelente historial de servicio público en la Isla. Mencionaré sólo dos ejemplos: las investigaciones agrícolas deben mucho al trabajo que hace años hizo David W. May, mientras que la gran colección puertorriqueña en la Biblioteca de la Universidad en Río Piedras se debe en gran medida a la labor de coleccionista privado de Robert Junghanns, curioso germano-norteamericano que llegó a la Isla hacia 1898. Pero estos ejemplos no constituyen la regla general. May y Junghanns eran norteamericanos aislados, tal vez excéntricos, en el viejo Puerto Rico preindustrial. Hoy la comunidad residente norteamericana vive una vida completamente norteamericana en el sector urbanizado de una sociedad industrial que rápidamente "se americaniza". Los miembros de esa comunidad tal vez se interesen en las costumbres puertorriqueñas, pero sería raro que las vieran como una alternativa al "estilo de vida norteamericano". En todos los puntos estratégicos de comunicación, son los puertorriqueños los que tienen

<sup>5</sup> Trina Rivera de Ríos, "Yo me quito el sombrero ante los puertorriqueños en Nueva York", *El Imparcial*, 25 de julio de 1959.

<sup>6</sup> *El Mundo*, San Juan, P. R., 24 de diciembre de 1958.

que hacer las verdaderas concesiones. Por ejemplo, en materia de lenguaje, la imposición social del inglés ha ido tan lejos que los típicos clubs de hombres de negocios como los Leones y los Alces deliberan en inglés, no obstante el hecho de que la mayoría de sus miembros son puertorriqueños. Se presume en general que los puertorriqueños están en la escuela de los Estados Unidos, no que los residentes norteamericanos estén en la escuela de Puerto Rico. Tampoco es esto sencillamente algo que atañe sólo a la comunidad comercial norteamericana, donde a menudo se manifiesta un sentir de desprecio hacia el isleño. También contagia al norteamericano educado, quien debía saber de lo que se trata. Sin embargo, el saber de ese norteamericano está curiosamente ligado a su cultura, como lo hace patente cuando se pone en duda la básica superioridad moral del estilo de vida norteamericano. Una de las cargas que el puertorriqueño tiene que soportar —y ella no es la menos pesada— consiste en saberse público cautivo, tan a menudo, del intelectual o escritor procedente de los Estados Unidos, quien lo reprende por su “provincianismo”, al mismo tiempo que dicho intelectual o escritor revela sin querer el suyo. Pues si es cierto que el intelectual puertorriqueño se halla preso en el estrecho marco de sus ideas, no es menos cierto que el escritor norteamericano, que lo enjuicia con condescendencia, también es prisionero de su propio marco de supuestos liberales norteamericanos. De esta suerte, uno de los últimos intentos de consejo gratuito le dice al intelectual puertorriqueño que su futuro reside en hacerse un lugar en la “nueva sociedad materialista, móvil” que está forjando la “Operación Manos a la Obra”, sin reconocer el hecho de que tal vez existan otros conceptos de la sociología de la *intelligentsia*, ingleses, europeos, latinoamericanos, que podrían ser preferidos por los epígonos puertorriqueños.<sup>7</sup> Tampoco debiera pasarse por alto el hecho, ya señalado por el doctor Asher Tropp, de que gran parte de éste proviene del intelectual judío norteamericano, quien característicamente no está equipado emocionalmente para hacer una apreciación objetiva de la tesis de nacionalismo cultural puertorriqueño, porque dicho intelectual ha sido formado por su intento de escapar a la cultura judía y al mundo de la erudición del *ghetto* para entrar en la corriente principal de la cultura norteamericana. Consecuencia no menor de este hecho es que el artículo pro norteamericano hallará fácil acogida en revistas norteamericanas como *Commentary* y *The Yale Review* mientras que el artículo que critica el nexa con los Estados Unidos recibirá hospitalidad en revistas como *Cuadernos Americanos*.

La respuesta puertorriqueña a todo esto consiste en la creación de una psicología, tanto individual y colectiva, que se caracteriza por la

<sup>7</sup> John Bennett, “The Puerto Rican Intellectuals” (mimeo), San Juan, 1961, p. 2.

compleja represión de las frustraciones y los resentimientos bajo una máscara de docilidad. René Marqués ha analizado finalmente los rasgos de esa psicología: inferioridad disfrazada de "hospitalidad" y "cortesía", la creencia persistente, frente a todos los hechos conocidos, de que llegará la independencia, porque si no la situación actual sería intolerable, la atrofia de la razón que persuade a demasiados puertorriqueños, y el más absurdo es el caso del negro anexionista, de que su incorporación en el Sistema Norteamericano es el único camino a la libertad; últimamente la desesperación, que al perderse toda esperanza de una verdadera liberación del yugo político, deliberadamente busca la propia inmólación en la violencia suicida del terrorismo nacionalista.<sup>8</sup> Es claro que la mayor parte de los puertorriqueños alientan un fuerte sentimiento antinorteamericano, tal vez es más verdad que la mayoría de ellos no son emocional sino abiertamente independentistas. La tensión consiguiente entre apariencia y realidad es desmentida sólo por un exterior de placidez. Esa tensión no se hace más soportable por el hecho de que la incapacidad de rebelarse provenga no de que unos Estados Unidos imperialistas retengan a la fuerza su feudo de Puerto Rico sino de una mentalidad servil por la que el puertorriqueño se ha convertido en su propio opresor, buscando justificaciones racionales a su cautiverio. El complejo de culpa en verdad funciona en ambas direcciones. El liberal norteamericano sabe que no puede haber reconciliación entre la subordinación de Puerto Rico y el Credo de los Estados Unidos, de modo que justifica racionalmente la obvia contradicción convirtiéndose en partidario ardiente del Estado Libre Asociado. El puertorriqueño de integridad moral siente la terrible humillación de su condición, de modo que alivia ese sentir por medio de exabruptos ocasionales. Es por ello que de vez en cuando los puertorriqueños reciben el regalo de un iracundo discurso de Ernesto Ramos Antonini en que este eminente líder popular denuncia con vigor y estrépito algún aspecto del proceso "americanizante", proceso que él y su partido han hecho tanto por fomentar. Ramos Antonini esgrime vigorosamente su lanza, pero si se mira más de cerca, el público se da cuenta de que tanta energía está mal dirigida. Es la de un Don Quijote puertorriqueño atacando imaginarios molinos de viento mientras que la verdadera batalla se libra en otra parte.

En cierto sentido, el mal reside en que el ardor puertorriqueño ha sido enfriado por las realidades norteamericanas. Desde el principio, la imagen que tuvieron los puertorriqueños de los Estados Unidos correspondía a la de una democracia popular igualitaria, imagen tanto más atractiva por el contraste con la naturaleza reaccionaria y autocrá-

<sup>8</sup> René Marqués, "El puertorriqueño dócil", reproducido de *Cuadernos Americanos*, I (enero-febrero, 1962).

tica del yugo español. Basta leer el discurso inaugural del sabio puertorriqueño Eugenio María de Hostos en 1877 ante el Instituto de Ciencias Sociales de Caracas para apreciar cuán idílicos aparecían los Estados Unidos a los hombres sujetos al dominio español. Ese discurso es un himno lírico al sistema social norteamericano concebido como la encarnación de las leyes de una biología social, racional y un modelo a ser emulado por la América Latina.<sup>9</sup> La generación puertorriqueña de 1898 adoptó esa imagen y llenó con ella su literatura. Un líder unionista de 1929 expresaba típicamente el credo al declarar: "Somos norteamericanos en el más alto sentido de la palabra. Admiradores de las grandes instituciones de aquel gran pueblo, lectores entusiastas de Whitman, seguidores de Emerson, creyentes en la misión de salvación que ha emprendido en América y en todo el mundo".<sup>10</sup> No hay duda de que se trataba de un entusiasmo generoso que contagió a los principales escritores del período: Roberto H. Todd, Juan B. Huyke, Samuel Quiñones, José Padín. Pero estaba terriblemente mal dirigido, pues hacia 1898 los Estados Unidos habían dejado de ser una república rural democrática para convertirse al capitalismo industrial, con todas las consecuencias que ello envuelve para el dogma de la igualdad. Tomó tiempo el que el cambio se hiciera sentir en las dependencias tropicales. Sin embargo, lo que hoy se ha elogiado como la "transformación" de Puerto Rico es, de hecho, el traslado final a la Isla del maduro capitalismo industrial de la sociedad norteamericana y sus numerosísimas consecuencias, el sacrificio del mundo rural por la selva urbana, la creación de un pueblo desarraigado y de una psicología comunal de desarraigo que la acompaña, la degradación del dogma democrático, el crecimiento de una conformidad social coactiva. A su vez, el optimismo literario de a principios fue reemplazado por un agresivo pesimismo literario, compartido por casi todos los escritores puertorriqueños, no importa sus ideologías individuales. La rueda ha dado la vuelta completa. Sería difícil hallar hoy en la Isla un escritor dispuesto a hacerse eco del himno de alabanza a la sociedad norteamericana que entonó Hostos. Tal desilusión literaria sólo espera una nueva alineación de las fuerzas políticas locales para hallar su propia manifestación política.

Mientras tanto, se hace sentir un nuevo temple de agudas críticas al nexo con los Estados Unidos. Crece el resentimiento de que se utiliza a la Isla cada vez más para la convivencia norteamericana sin

<sup>9</sup> Eugenio María de Hostos, "Inferencias de la sociología en la dirección política de nuevas sociedades" en Luis Villalba Villalba, *El Primer Instituto Venezolano de Ciencias Sociales* (Caracas: 1961).

<sup>10</sup> Citado por Juan B. Huyke, *El Mundo*, 29 de agosto de 1959.

que se consulte en verdad a los puertorriqueños. Los Jefes del Estado Mayor Mixto de los Estados Unidos celebran sesiones secretas en la Base Ramey de la Fuerza Aérea, en Aguadilla. Los Cuerpos de Paz establecen campamentos en el interior de la Isla sobrecargando aún más el ya sobrecargado sistema de enseñanza universitaria. Las asociaciones para planear la familia de los Estados Unidos utilizan a las dueñas de casa puertorriqueñas en experimentos preliminares con una nueva píldora contraceptiva, tomada oralmente, antes de ensayarla con las dueñas de casa mimadas de Hollywood. Demasiados puertorriqueños individualmente se ven involucrados en los proyectos oficiales y semioficiales de los Estados Unidos. Muchos isleños deploran el hecho de que al consentir en tocar en los Estados Unidos, don Pablo Casals fue persuadido de que rompiera su promesa de no tocar en país alguno que reconociera a Franco. Las relaciones dentro del gobierno, tanto en lo legislativo como en lo ejecutivo, esperan todavía una organización rudimentaria de consulta; constituyen el recinto privado de los políticos sobre los cuales el electorado no ejerce efectivo control. La Universidad de Puerto Rico ofrece ayuda a la recién liberada Universidad de Santo Domingo, pero lo hará como una réplica tropical de la ideología y la práctica norteamericana. Y todo esto, para resumir, se expresa invariablemente en términos de la omnisciencia norteamericana que lleva el "sabe cómo" norteamericano a la solución de los problemas insulares. Un dramaturgo independentista ha declarado en un conmovedor *cri de coeur* que resume una verdad general: "Es tan raro escuchar o leer un informe personal sobre los puertorriqueños que no provenga de un visitante norteamericano que no sea un oficial de relaciones públicas en la nómina del gobierno, un congresista sonriente, un político neoyorquino, un visitante de 'buena voluntad', pasando unas vacaciones tropicales bien pagadas o un 'amigo generoso de Puerto Rico' con miles de dólares invertidos en la Isla. Los puertorriqueños honrados están sencillamente hartos de tanto elogio y adulación, tanta azúcar y miel, tanta superficialidad, tanta vejaminosa demagogia procedentes de tan patrocinantés amigos".<sup>11</sup>

No importa lo utópico que pueda parecer, y a pesar de las enormes dislocaciones políticas y económicas que su aplicación envolvería, sólo la concesión completa e incondicional de la independencia nacional parece ser el remedio apropiado para esta *malaise*. Naturalmente, los términos de separación exigirían estudio cuidadoso y elaborada preparación. Políticamente, no hay razón para que los Estados Unidos no continúen disfrutando de las facilidades de la Isla como parte de la

<sup>11</sup> René Marqués, "Reply to Alfred Kazin". *The San Juan Star*, San Juan, P. R., 8 de marzo de 1960.

Frontera Marítima del Caribe, pero en calidad de socio en un acuerdo bilateral y no unilateralmente como potencia ocupante. Un plan para controlar y operar conjuntamente las bases, siguiendo el modelo, por ejemplo, del convenio entre el Brasil y los Estados Unidos, haría mucho para satisfacer los deseos puertorriqueños. Desde el punto de vista económico, el hecho de que la economía puertorriqueña se ve obligada a depender de la norteamericana, constriñe a Washington a garantizar por medio de un tratado económico, a la economía insular por un prolongado período de transición. "Los Estados Unidos", escribieron los críticos hace una generación, "están moralmente obligados a no dar a Puerto Rico su independencia a menos que estén dispuestos ya sea a concederle especial preferencia arancelaria en el mercado azucarero norteamericano o a respaldar su existencia económica con una garantía de donativos de auxilio durante un número de años".<sup>12</sup> Es posible que los métodos tengan que ser diferentes, pero el principio sigue siendo correcto. Pues en el período subsiguiente a esa observación, los Estados Unidos han aceptado los principios básicos de la ayuda económica a las naciones independientes y la obligación moral de ayudar a las economías atrasadas, de acuerdo con su aceptación del Acta de Bogotá de 1960 y la inauguración de la Alianza para el Progreso en 1961. Puerto Rico, como Estado independiente, podría ser integrado dentro de estos proyectos en desarrollo.

Se podría argüir, y tal vez con bastante capacidad de persuasión, que la inversión estratégica de los norteamericanos en la Isla, como factor distinto a la "diplomacia del dólar", podría en efecto convencer al Congreso de que no debe seguir ese rumbo. Quizá sea así. Hay un bien conocido pasaje en *The Wealth of Nations* en que Adam Smith sostiene que una potencia dominante jamás renunciará voluntariamente a su control sobre una dependencia.<sup>13</sup> La historia posterior de la Mancomunidad, y especialmente la retirada británica de la India, demostró que Smith estaba equivocado. Pero, en lo que respecta al período moderno, está el comentario pesimista que hiciera Aimé Césaire en el sentido de que la dominación norteamericana es la única de la cual no hay modo de escapar.<sup>14</sup> Sin embargo, sería trágico que el pueblo y el gobierno norteamericanos trataran en sus futuras relaciones con el Caribe meramente de probar que el poeta-diputado antillano francés estaba en lo correcto. En esa dirección continuaría la angustia

<sup>12</sup> Earl S. Garver y Ernest B. Fricher, *Porto Rico: Unresolved Problem* (Illinois: The Elgin Press, 1945), p. 104.

<sup>13</sup> Adam Smith, *The Wealth of Nations* (Londres: Everyman Edition) Libro 4to., Cap. 7, parte 3.

<sup>14</sup> Aimé Césaire, citado en Daniel Guérin, *Les Antilles Décolonisées* (Paris: 1945) p. 155.

puertorriqueña y posiblemente, a medida que el nacionalismo chauvinista de las recién nacidas naciones de Africa y Asia se hiciera sentir más y más en los asuntos internacionales, aquella constituiría una fuente cada vez mayor de desazones para los Estados Unidos. Por otro lado, la magnanimidad podría echar las bases para una amistad permanente entre puertorriqueños y norteamericanos, pues pondría fin a todas las cosas que en la actualidad fomentan el sentimiento anti norteamericano en la Isla. Los puertorriqueños, después de todo, son un pueblo profundamente humanista. Una vez roto el vínculo colonial, eliminada la afrenta al propio respeto nacional, los puertorriqueños acogerían una nueva relación de amistad con los norteamericanos tan seguramente como los hindúes lo hicieron con los ingleses después de 1947. "La solución al problema de Puerto Rico", escribió un observador español en 1951, "debe llegar por medio de un acuerdo entre Washington y San Juan. Más generosidad en Washington y más paciencia en San Juan".<sup>15</sup> Los norteamericanos apenas si tendrían derecho a quejarse si una menor generosidad de su parte evocara menos paciencia de parte de los puertorriqueños.

Una vez curado el mal persistente de la dominación norteamericana, los puertorriqueños podrían atacar más directamente y con más energía el problema de labrarse su sitio correspondiente y hacer su propia contribución a la familia latinoamericana. Podrían más fácilmente evitar la tentación, hoy tan general, de sencillamente seguir la opinión de los Estados Unidos en los asuntos latinoamericanos. Al rehusar prestarse a los Estados Unidos —como ha dicho un puertorriqueño— para hacer el papel de Pocahontas para facilitar el que los norteamericanos obtengan la amistad de los pueblos latinos, lograrían mejores cartas credenciales con esas naciones latinas, México y Brasil, por ejemplo, que sienten que la lucha de poder entre los Estados Unidos y Rusia tiene poco que ver con sus propios problemas peculiares. Los partidos políticos puertorriqueños podrían afiliarse y cooperar más plenamente con los numerosísimos grupos políticos de la América Latina contemporánea que se congregan ideológicamente alrededor de un nacionalismo radical socialdemocrático. Este nacionalismo ha surgido de una influencia doble, en los últimos cincuenta años, a saber, la Revolución Mexicana de 1910 y el movimiento Aprista Peruano, fundado en 1924. Sobre todo, tal vez, los puertorriqueños podrían en su vida intelectual y artística restablecer contactos fructíferos con las ricas y variadas culturas indoamericanas. Pues, salvo la muy ocasional conferencia interamericana, el artista y el intelectual puertorri-

<sup>15</sup> Carlos Sentis, *Tragedia política en el Caribe. ¿Puerto Rico o Puerto Pobre?* (Madrid: Colección ABC, 1951), p. 96.

queño lamentablemente apenas si sostiene contacto con los interesantísimos círculos de la *intelligentsia* latinoamericana en Caracas, Buenos Aires y Ciudad de México, en comparación con los cuales el mundo de la *intelligentsia* norteamericana parece desdichadamente provinciano. La escasez imperdonable de cursos o estudios latinoamericanos en las universidades de Puerto Rico es, en verdad, evidencia infortunada del modo cómo los puertorriqueños repiten la profunda ignorancia que sobre la América del Sur prevalece entre los educadores norteamericanos.

Esto no puede continuar así. Pues, para decirlo con sencillez el continente del sur está en fermento revolucionario. Los elementos de esa ebullición son tan dramáticos como explosivos. Está el movimiento concertado para fomentar una revolución industrial que derrocará el histórico papel precario de las economías latinoamericanas como suministradoras de productos primarios tropicales para las naciones industrialmente avanzadas, particularmente los Estados Unidos, con poco o ningún control sobre los precios o las fluctuaciones en los mercados mundiales. En cada país, esa condición ha producido los males característicos del monocultivo, con una economía de un solo producto, que genera desequilibrios estructurales: azúcar en Cuba, petróleo en Venezuela, café en el Brasil. Exteriormente, tal sistema ha creado una peligrosa vulnerabilidad en el mercado mundial, como lo demostraran los terribles efectos del vendaval económico de la década del treinta sobre las economías latinoamericanas. Entonces, las exportaciones totales de las veinte repúblicas disminuyeron en un 65 por ciento dentro de un plazo de tres años. De ahí también, las bárbaras alternativas entre prosperidad extravagante y depresión aplastante, que a su vez precipita la revolución social y política. Contra el impacto de esto, ningún país latinoamericano, ni tan siquiera los más ricos como México y Venezuela, han podido construir los mecanismos de defensa keynesianos del estado Providencia de Occidente. Están los problemas sociales que surgen no sólo de la campaña para industrialización sino, aún más, del hecho que esa campaña tiene que desarrollarse dentro de la estructura prerevolucionaria y a veces precolombina de la sociedad latinoamericana. Así, por ejemplo, el espantoso problema de la urbanización, con la lacra de los nuevos arrabales que supuran alrededor de cada ciudad sudamericana. En sus increíbles hacinamientos hay una miseria tal que ni aun en los Estados Unidos se conoció durante el período de "la vergüenza de las ciudades" en la Edad Dorada. No sólo esto ilumina la tajante desigualdad entre ciudad, campo y montaña —demográficamente, la población latinoamericana se aglomera en la costa— sino que también ilustra el desarraigo cultural del campesino que ha respondido a la promesa ilusoria de las luces de la ciu-

dad. Todo esto, además, reforzado por la política inflacionaria de las dictaduras latinoamericanas en sus esfuerzos por aliviar el descontento de las masas por medio de enormes programas de obras públicas que favorecían a las metrópolis y olvidaban al campo. El régimen de Pérez Jiménez en Venezuela convirtió de esta guisa a Caracas, usando la frase de José Bernal, en una ciudad millonaria a base de una mecanizada dictadura tropical que funcionaba con la energía del petróleo. Culturalmente hay que tomar en cuenta la situación inferior de las comunidades indias que viven al margen de un sistema social de tipo europeo. Brasil es el único país que ha logrado fundir con éxito los elementos étnicos sudamericanos —blanco, indio, negro— en una sociedad nacional armoniosa. Finalmente, en términos de estructura social, hay una lucha de clases cada vez más intensa entre los viejos grupos tradicionalistas—los latifundistas criollos, los magnates de las finanzas, los militares políticos, los jefes de la Iglesia Católica— y aquellos que han lanzado el reto de una nueva sociedad; me refiero, a los nuevos grupos de intelectuales, los nuevos sectores industriales y comerciales de la clase media y la nueva clase de los obreros industriales. Esta nueva alineación de fuerzas sociales constituye, desde luego, la clave a los cambios políticos del continente, pues los grupos que emergen ya no están dispuestos a aceptar el modo tradicional de vida que; con todo su encanto de viejo mundo, daba por supuesto que la pobreza, la ignorancia y la enfermedad eran consecuencias de la ley natural antes que de la organización social. Su rebeldía explica por qué los regímenes de Caudillos al viejo estilo están cediendo el paso, primero, a gobiernos conservadores constitucionalistas que ofrecen un grado limitado de democracia política, como en Perú y Chile y, segundo, a recién formados regímenes liberales dirigidos, como Frondizi en Argentina y Lleras Camargo en Colombia, por un nuevo tipo de hombre de estado liberal pro Occidental. En resumen, un viejo mundo se está desvaneciendo mientras que un nuevo mundo clama por existir.

Hay algunos aspectos de esta revolución continental que merecen énfasis especial, pues de lo contrario podría interpretarse mal la naturaleza de esa revolución. Más que nada, sería profundamente erróneo concebirla, como con demasiada frecuencia suele hacerse en los Estados Unidos, como una transición, en el sentido europeo clásico, desde una sociedad feudal a una liberal. Desde luego, el elemento de liberalismo político está ahí, como lo demuestra la historia del pensamiento político latinoamericano desde Bolívar a Martí. Apenas si hay movimiento revolucionario en el continente, no importa su tonalidad ideológica, aun el Castrismo, que no refleje el odio liberal a la tiranía latinoamericana. De ese odio tal vez la expresión más conmovedora

fue la denuncia que hiciera Sarmiento del régimen de Rosas en la Argentina. El crítico liberal todavía debe correr el peligro de ser asesinado, como lo demostró el caso Galíndez, a manos de un cacique indignado. Recientemente, un periódico puertorriqueño describió minuciosamente el salvaje asesinato, a manos de una muchedumbre, del famoso líder liberal Eloy Alfaro en las calles de Quito en 1912, crimen instigado por las fuerzas conservadoras-clericales del Ecuador.<sup>16</sup> Al mismo tiempo, se trata primordialmente de una revolución social, movida por corrientes gemelas de justicia social y hambre de tierra. La demanda por justicia social, más aguda en virtud de la tradicional sensibilidad latinoamericana a la dignidad de la persona humana, trata de poner fin, o por lo menos, modificar profundamente, la división de la sociedad en "dos naciones", la de las muchedumbres pobres y la de los pocos ricos, legado moderno de la vieja sociedad de señores y esclavos. Se esfuerza por dar a los vacíos y elocuentes conceptos de las innumerables constituciones, un contenido de cambio social. Cuenta con una importante tradición socialista, cuyos fundamentos intelectuales pueden ser trazados al famoso ensayo de Bilbao en 1845, cuando aquel apasionado pensador libre pedía la renovación completa de la sociedad chilena sobre la base de la igualdad social y el racionalismo mental. Los nuevos revolucionarios piden acción, no teorías jurídico-constitucionales. De esta manera, la nueva demanda trata de subrayar la verdad que Alberdi destacó hace unos años en el sentido de que "hoy buscamos la realidad práctica de aquello que en otros tiempos nos contentábamos en proclamar por escrito. Este es hoy el propósito de las constituciones; deben organizar y realizar las grandes medidas prácticas que eleven a una América, ya emancipada, de su actual posición oscura y secundaria".<sup>17</sup>

La cuestión de la reforma agraria es todavía más exigente. Pues mientras en los días de Bilbao y Alberdi la fuerza social que promovía el cambio estaba constituida por una *intelligentsia* diminuta, que con frecuencia operaba en un amargo exilio, hoy el mecanismo impulsor del cambio social es la alianza de los desempleados habitantes de los arrabales y los peones sin tierra de las fincas, ambos víctimas de la cuestión agraria. Y ese problema, lo mismo en la América Latina moderna como en la Inglaterra del siglo dieciséis, lo domina todo. Con la excepción de Haití, que en sí mismo es un caso especial, en todo el continente la explotación racional de la tierra se ve impedida

<sup>16</sup> *El Mundo*, Suplemento sabatino, 17 de febrero de 1962.

<sup>17</sup> C. Alberdi, "Bases y puntos de partida para la organización de la Confederación Argentina" (1812), pp. 66-67; citado en William R. Crawford, *A Century of Latin American Thought* (Cambridge: Harvard University Press, 1944), p. 22.

por los latifundios, concentraciones de enormes propiedades en una diminuta clase de privilegiados, los hacendados. Estos viven todavía en la aureola de la barbarie romántica con que Sarmiento rodeó a sus predecesores, los viejos gauchos de la Argentina, en su libro más famoso. El sistema perpetúa, por un lado una rígida estratificación neofeudal de clases sociales y, por el otro, una política dominada por el caudillo agrario y el caballero-hacendado. Es el factor principal detrás de los vastos movimientos, de migración interna, que crean la despoblación de los campos y la urbanización exagerada. Estos movimientos no son menos reales porque exista una desagradable falta de datos estadísticos adecuados sobre ellas y, por lo mismo, un lastre fatal para la formulación de políticas públicas apropiadas para controlarlos.<sup>18</sup> Su agarre estrangulador está ampliamente ilustrado por el sombrío hecho de que a pesar de que la reforma agraria ha sido la cuestión central en todos los cambios políticos latinoamericanos durante años enteros, la resistencia de los latifundistas y sus aliados ha tenido un éxito asombroso. En general, en el continente, el noventa por ciento de la tierra pertenece todavía al diez por ciento de los terratenientes. Puede que esto no sea sorprendente para un país como Bolivia, atrasado políticamente, cuya reforma agraria sólo comenzó en 1952. Pero la situación relativa a la tierra no es muy diferente en países como Uruguay y Costa Rica, donde las instituciones políticas comparativamente estables proveen por lo menos el marco institucional para realizar progresistas reformas económicas. Y lo que es más revelador, el fracaso admitido de la reforma agraria en la "revolución permanente" de México, pues desde que terminó la Administración Cárdenas, la política económica del país se ha ido alejando de la reforma redistributiva hacia la industrialización patrocinada por el Estado, al estilo de la "Operación Manos a la Obra" de Puerto Rico. De modo que en los campos de México, como en cualquier otro sitio, el campesino vive una existencia deprimida fuera de la comunidad nacional y la "pulverización de los ejidos" está pidiendo un genuino Tiberio Graco para levantar su ira revolucionaria contra aquélla. De hecho, ese tipo de líder está emergiendo ya en figuras como la de Francisco Julias, que ha desempeñado el papel más importante en la creación de las ligas campesinas del nordeste del Brasil y en la lucha contra las usurpaciones de los grandes "barones" del café que se expanden desde las tierras medio agotadas de São Paulo. El estudiante de la historia social del Brasil probablemente no olvidará que la obra más grande de la literatura brasileña *Os sertões* de Da Cunha, hace un enfoque monumental del esfuerzo del Estado brasileño por aplastar la insurrección agraria

<sup>18</sup> Estanislao Fischlowitz, "Exodo rural en Latinoamérica", *Combate* (abril-mayo, 1961).

que estalló en la región nordeste de Canudes al terminar el siglo, y que las condiciones de vida de la región no han mejorado sustancialmente desde entonces. Todo esto equivale a decir que la tierra es la cuestión clave en todos los cambios latinoamericanos, a pesar de la tendencia europea a pensar en el continente como el escenario romántico de magníficas ciudades. Ahí reside el secreto del atractivo de la Revolución Cubana, mucho más que en el tono político del comunismo. La Revolución, como todas las otras que puedan seguirla, tendrá que pasar la prueba suprema en estas cuestiones.

He ahí entonces el telón de fondo para la entrada de los Estados Unidos en el drama del Hemisferio, anunciada cuando el Presidente Kennedy promulgó en 1961 la Alianza para el Progreso. Nadie puede leer los discursos del Presidente sobre ese programa sin sentirse conmovido por su vibrante idealismo social, su disposición a romper con la característica timidez de la opinión pública norteamericana, con su invitación a "transformar los continentes americanos en un vasto crisol de ideas y esfuerzos revolucionarios", su audaz invocación de la auténtica voz de la Revolución Norteamericana de 1776 y, sobre todo, tal vez, su franca confesión de que los norteamericanos en su ignorancia saben poco de la gran civilización que existe hacia el sur. Dicha Alianza promete, de realizarse, comprometer a los Estados Unidos como socio de las otras Repúblicas del Hemisferio en un ataque concertado contra los males económicos y sociales y concebir la empresa, como lo dijera el Presidente ante el Congreso, no como una lucha negativa contra el comunismo sino como una demostración histórica de que el crecimiento económico y la democracia política pueden desarrollarse simultáneamente. Sobre todo, por la misma magnitud de la ayuda que ofrece, demuestra que los líderes norteamericanos están ahora dispuestos a tratar como iguales a los latinoamericanos, actitud que, hasta la fecha, parecía estar reservada para sus aliados europeos, como se reflejó en proyectos como el Plan Marshall de la posguerra.

Es claro que el futuro del Hemisferio descansa sobre el desenlace final de esta noble visión. La opinión puertorriqueña, como la opinión liberal en otros sitios, se ha sentido entusiasmada ante la revolución aparente en las actitudes norteamericanas, pues el contraste entre la reacción latinoamericana a la desdichada visita del vicepresidente Nixon en 1958 y la respuesta al programa de hombre de Estado del Presidente Kennedy es, por cierto, notable. Tampoco han dejado de tomar nota los puertorriqueños del nuevo espíritu implícito en la disposición de la Administración de emplear el genio económico y administrativo puertorriqueño —Moscoso, Picó, Morales Carrión— en los rangos directores del programa. ¿Cuáles son, entonces, las perspectivas de éxito? Para comenzar, el concepto básico de operación de la Alianza presume el

desarrollo, dentro de cada nación, de un programa nacional de planificación, que inicia, dentro de cada economía, esfuerzos para movilizar recursos, reformas interiores para ayudarse cada uno que incluyen reforma agraria, reorganización fiscal y administrativa y mejoras en los servicios educativos y sociales. Eso, ciertamente, no envuelve nada más revolucionario que la introducción del Estado Providencia liberal. Pero dentro de la situación política y administrativa de la América Latina, estilo siglo dieciocho, tal cosa, en efecto, constituye una revolución. No hay duda de que dicha situación es necesaria. Pues la falla de los viejos programas de ayuda ha consistido en dejar que las burocracias tradicionales en los países beneficiados administraran localmente esos programas, con lo que meramente lograron prolongar la vida a las existentes estructuras semif feudales por medio de los fondos norteamericanos. Pero aparte de la espinosa cuestión de si tales condiciones no constituyen —como, desde luego, lo son— una intervención norteamericana en los asuntos nacionales latinoamericanos, plantean la cuestión todavía más espinosa de si las clases gobernantes de la América Latina están dispuestas a renunciar a sus imponentes privilegios como lo requieren las condiciones. Pues aceptado su poderío político, su oposición podría destruir la Alianza; su cooperación podría asegurar el éxito de la misma. Más que sus equivalentes aristocráticos en Europa, componen lo que Mr. Moscoso ha llamado una "clase de líderes". Como tales pueden determinar si la Alianza inaugurará una revolución pacífica o, por su fracaso, fomentará una violenta.

Ningún estudioso del gobierno y la política en la América Latina tiene derecho ni tan siquiera a un cauteloso optimismo frente a este aspecto del problema. Es cierto que la jerarquía católica ha apoyado las reformas en algunos países, como Chile y Colombia, y que en general la Iglesia se está apartando de su vieja posición reaccionaria para identificarse más de cerca con la opinión liberal. También hay dentro de las fuerzas armadas núcleos estratégicos de opinión liberal. Las universidades están cambiando. Se están realizando valientes esfuerzos con la ayuda de expertos de las Naciones Unidas para modernizar la administración pública. Pero no se puede decir mucho más que eso. La política en todo el continente es más francesa que norteamericana, pues constituye el deporte profesional de numerosísimos grupos, partidos y movimientos, con los que es imposible organizar un gobierno de mayorías a la manera anglonorteamericana. La política pública positiva se convierte entonces en la víctima de la maniobra y de la componenda, como lo demostró el experimento de Frondizi en la Argentina. Aún peor, puede existir tal absoluta desconfianza entre los partidos rivales —la *sine qua non* de la política constitucional— que la guerra civil sólo puede impedirse por medio de métodos peculiares, como el

sistema de Unión Nacional que alterna la Presidencia de Colombia entre liberales y conservadores. Es cierto, como ya se ha indicado, que el viejo tipo de dictador "hombre fuerte" está rápidamente desapareciendo. Pero se le está sustituyendo no tanto por un sistema democrático anglonorteamericano cuanto por una especie de régimen autoritario cuasi democrático, dirigido por un caudillo demagógico cuya potencia electoral reside en una nueva alianza con el movimiento obrero sindical para quien el régimen provee un falso radicalismo. Ese ha sido el carácter del peronismo argentino y del getulismo brasileño. Aunque estos movimientos por ahora no cuentan, en sentido alguno han sido permanentemente eliminados. Las elecciones libres, con que la mentalidad política norteamericana suele identificar el proceso democrático en un sentido político estrecho, siguen siendo un ideal en la mayoría de aquellos países. La observación hecha por José Figueres, hablando a los liberales latinoamericanos, de que "estamos convencidos de que un gobierno malo es preferible a una buena revolución, mientras quede abierta la vía electoral", es un sentimiento noble, pero subsiste el hecho sombrío de que para la mayoría abrumadora de los países latinoamericanos la vía electoral está cerrada. La expulsión de Frondizi en Argentina y de Quadros en el Brasil demuestra cuán prestamente la legalidad constitucional puede ser violada por grupos estratégicos que actúan fuera de la constitución. Demuestra, aún más, cuán diferente es el espíritu de la lucha política en la América Latina al de la política norteamericana. Ramiro de Maeztu observó que "los norteamericanos luchan por el poder del dinero y los hispanoamericanos por el dinero del poder".

Todo esto es a manera de subrayar la ingenuidad de las expectativas norteamericanas en cuanto al cambio en la América Latina. Un sistema político refleja una estructura social. La política "inmatura" al sur del Río Bravo es espejo del "atraso" moral de las clases gobernantes sudamericanas. No hay razón para creer que estas clases voluntariamente iniciarán una reforma fundamental de su sistema, como no lo hicieron los aristócratas franceses de 1789 o los dueños de los esclavos del Sur en 1861. Bagehot escribió que una clase gobernante preferirá librar una batalla perdida antes que no librar batalla alguna. El ritmo glacial de las reformas nacionales para equiparar los fondos de la Alianza, procedentes de Washington, parecería sugerir que la batalla ya ha empezado. En ese caso, Washington deberá retroceder completamente o tomar partido. Todo, de hecho, insinúa que los norteamericanos están dispuestos a ponerse de parte de las clases medias latinoamericanas, a las que se llama eufemísticamente los "sectores del medio". Sin embargo, la evidencia sugiere que los grupos de nuevos ricos serán tan débiles como una caña para que pueda apoyarse en ellos una

reforma radical, tan débiles como las tradicionales clases privilegiadas. La decadencia de la Revolución Mexicana proviene del hecho de que el vasto aumento en la renta nacional, a partir de 1940, ha sido acompañado por políticas fiscales y sociales que entregan los beneficios a las nuevas clases medias creadas por la industrialización, mientras que la austeridad corresponde a los obreros industriales; algo parecido, ciertamente, a lo que ha ocurrido en Puerto Rico. Desde el punto de vista de la mayoría, se les emancipó del vasallaje de una oligarquía terrateniente para morir en el desierto de una oligarquía de clase media. Los planificadores de la Alianza no han podido, o no han estado dispuestos a ver todo eso porque, en el fondo, han cometido el error de mirar a la América Latina con lentes norteamericanos y, por lo tanto, han tergiversado toscamente las realidades. Pues al igual que en la dimensión política es profundamente desorientador medir los partidos latinoamericanos en términos del espectro ideológico de los partidos norteamericanos, en la dimensión social es erróneo aplicar los cartabones de la gama que ofrece la clase media norteamericana y su aburguesamiento del estilo de vida nacional.

Esto no es todo. El crítico latinoamericano tiene derecho a preguntar si la conversión de un presidente liberal a una nueva alianza hemisférica significa también la conversión del Congreso y, detrás de éste, la conversión de la opinión pública nacional. El conservadurismo congénito del Congreso, así como el anacronismo de esa institución en la vida moderna, ya han sido subrayados con referencia a lo que significan para Puerto Rico. Ese significado no es menos real para la América Latina. Un Presidente puede ir sólo hasta allí donde el Congreso le permita. El Congreso, a su vez, funciona siempre sobre la base de que su tarea es seguir a la opinión pública, no reorientarla. Y aunque la opinión pública nacional no es ya clásicamente aislamentista, tampoco se distingue por sus simpatías continentales. "Francamente", ha escrito un comentarista político puertorriqueño, con calor justificable, "creo que una verdadera muestra de dicha opinión revelaría que el gran público norteamericano tiene un miedo cervical a Castro y todo lo que él representa; que, aparte de eso, no le importa un comino los vecinos al sur del Río Grande; que mira con desconfianza a los programas de 'donativos' al extranjero, que se deja seducir por consignas insensatas como 'ser blandos con el comunismo', que todavía cree, en esta era de inminente destrucción atómica, que podemos gastarnos el lujo de blandir la gran estaca y que perdemos prestigio y honor cuando no lo hacemos".<sup>19</sup> Si ese análisis es correcto, la Alianza puede degenerar sencillamente en un nuevo recurso de la Guerra Fría, a pesar de sus

<sup>19</sup> Eare Parker Hanson, *The Island Times* del 9 de febrero de 1962.

intenciones genuinamente liberales. En el mejor de los casos, los norteamericanos la verán como una póliza de seguros contra el comunismo mundial en una región "subdesarrollada", ofendiendo de este modo a la sensibilidad latinoamericana en dos sentidos, a saber: el primero, al utilizar a los vecinos latinoamericanos como peones en el tablero, de la política internacional y, el segundo, al descartar su sociedad continental como una región primitiva, cuando la realidad es que no se trata tanto de un sistema "subdesarrollado" como de una estructura enormemente rica y refinada que ha sido mal desarrollada. Y, en el peor de los casos, los latinoamericanos, excepto sus Quislings, rescindirán el convenio para experimentar, una vez se convenzan de que los Estados Unidos están tratando, utilizándolos a ellos como medio, de erigirse en guardianes custodios de la revolución latinoamericana con el fin de encauzarla por vías "seguras".

Existe una muralla de suspicacia recíproca que pone en peligro el desarrollo de la Alianza en un sistema integrado de ayuda hemisférica, el cual derribaría los valladares económicos que dividen internamente al continente. Tal muralla no cederá ante las declaraciones norteamericanas de virtud abnegada porque la sospecha dimana, en gran medida, del historial poco envidiable de la política norteamericana en la América Latina durante un pasado reciente. Ya hemos señalado que el Caribe se ha convertido en un Mediterráneo norteamericano (véase Cap. IV). Aunque la política de "Buen Vecino" de Roosevelt interrumpió la práctica por cierto tiempo, la tormenta de la Segunda Guerra Mundial que se aproximaba reintrodujo la preocupación norteamericana con cuestiones de estrategia en esa área y puso un nuevo énfasis en la primacía de los intereses norteamericanos tanto en el Caribe como en todo el Hemisferio. Por ende, ni tan siquiera la tradicional amistad anglonorteamericana pudo impedir que el Presidente Roosevelt impusiera un ventajoso negocio "Yankee" a Mr. Churchill en el acuerdo de 1941 canjeando destructores por bases. Los documentos que describen las prolongadas transacciones demuestran con embarazosa claridad cómo ni tan siquiera el romántico concepto churchilliano de la anglosajona "Comunidad del Atlántico" pudo evitar que los norteamericanos pasaran por encima de las excitativas inglesas para que el acuerdo se colocara en un alto nivel moral. Esto, a pesar del hecho de que, como lo observara el propio Primer Ministro, "no había comparación entre el valor intrínseco de esas naves anticuadas e ineficientes y la inmensa seguridad estratégica permanente que obtenían los Estados Unidos con el disfrute de las bases insulares". Mas si Washington po-

<sup>20</sup> Eric Williams, *The History of Chaguaramas* (Port of Spain: Peoples National Movement Publishing Co., N. D.); y además, *The Trinidad Guardian*, Port of Spain, Trinidad, 29 de 1958.

día ser tan duro con sus amigos, ha sido todavía más duro con sus vecinos. Ha habido la notoria amistad con los dictadores de la región, gratuitamente publicada por medio de los abrazos que los embajadores residentes o los congresistas de visita dieran a dichos dictadores. Ha habido el que los Estados Unidos fomentaron la revolución interna contra el Gobierno de Guatemala en 1954, como ya ha sido atestado.<sup>21</sup> La violación flagrante del derecho internacional perpetrada en el intento de invasión de Cuba, apenas si necesita mayor énfasis. Una de las consecuencias no menos importantes de esa aventura es el mal sabor que dejó la alegación subsiguiente del Presidente de Guatemala de que los Estados Unidos habían secretamente convenido en que darían su ayuda diplomática para presionar en favor de las reclamaciones guatemaltecas en la Honduras Británica, a cambio del uso del territorio guatemalteco en el adiestramiento de las fuerzas invasoras de Cuba.<sup>22</sup> Además de todo esto, se ha registrado el despliegue innecesario de fuerzas armadas norteamericanas para imponer "respeto" a sus intereses. Por ejemplo, el envío de infantería de marina y paracaidistas a las bases del Caribe con el propósito de proteger al vicepresidente Nixon contra las manifestaciones hostiles de las muchedumbres de Caracas, sin que mediara consulta con el Gobierno venezolano. No ha faltado la operación policíaca al viejo estilo para proteger los gobiernos inestables de Nicaragua y Guatemala contra invasores mediante el despliegue de patrullas navales norteamericanas en el área, por ejemplo y, más tarde, el envío de una flotilla a las aguas de Santo Domingo para reforzar al régimen de Balaguer frente a la contrarrevolución. Medidas como esas no están muy lejos del audaz empleo de "la gran estaca", el tipo de política que se reflejó en el editorial de uno de los periódicos más chauvinistas de Nueva York, quien recomendaba que cualquier funcionario del Departamento de Estado norteamericano que viaje a Panamá para discutir las recientes manifestaciones antinorteamericanas debiera ir acompañado por "un fuerte destacamento de la Infantería de Marina... sólo como guardia de honor en misión de buena voluntad, desde luego, pero con todo el equipo de batalla, sin el cual ningún infante de marina se siente cómodo".<sup>23</sup> Esto no suena como —para utilizar una frase favorita del gobernador Muñoz Marín que contiene más poesía que verdad— unos Estados Unidos que se han olvidado tanto de su tamaño como para revelar plenamente su grandeza. Menos sirve para justificar la alegación de un colega del gabinete del gobernador, Hiram Cancio, en el sentido de que la política de

<sup>21</sup> Guillermo Torriello, *La batalla de Guatemala* (Buenos Aires: Ediciones Pueblos de América, 1956), *passim*.

<sup>22</sup> *New York Times*, 2 y 3 de enero de 1962.

<sup>23</sup> *The Daily News*, 18 de noviembre de 1959, citado en *The San Juan Star*, 19 de noviembre de 1959.

“la gran estaca” se convirtió hace tiempo en un mito. En verdad, el aspecto no menos irónico de esa alegación, manifestada por Cancio en la Convención de la Liga Naval en San Juan, es que provocó indignados comentarios entre el público, ya que presumía de mezclar sus grandes alabanzas a los Estados Unidos con algunas pequeñas y vacilantes críticas, demostrándose con ello que para muchos norteamericanos no puede haber término medio entre la más descarnada adulación a su país y la hostilidad subversiva.<sup>24</sup>

Nada de esto debe interpretarse, naturalmente, en el sentido de que los Estados Unidos no tengan un interés real y legítimo en la región, tanto por el peso de su situación geográfica como por su poderío político y económico. La importancia de la crítica latinoamericana no es que exista tal interés y que, naturalmente, busque expresión en la política norteamericana, sino que esa expresión asuma la forma de una acción unilateral norteamericana antes que de una verdadera acción multilateral por medio de estructuras como la Organización de Estados Americanos. Los Estados Unidos están legalmente comprometidos con la acción multilateral, incluso la consulta y, si posible, la acción conjunta, por medio de su adhesión al Pacto de Río de Janeiro, la Carta de Bogotá y la Declaración de San José. Sin embargo, la historia de la posguerra demuestra que Washington ha estado dispuesto a invocar y participar en el arbitraje regional en casos en que no ha creído que sus intereses corrían peligro —por ejemplo, la disputa entre Costa Rica y Nicaragua en 1948— pero, en cambio, se ha mostrado dispuesto a dejarlos a un lado cuando se han presentado situaciones más peligrosas y, especialmente, cuando ha sospechado que el nacionalismo latinoamericano se opondría a su política. La doctrina de “no intervención” ha sido utilizada para justificar la negativa a actuar contra los dictadores, pero fue violada en el episodio de la invasión de Cuba. El Consejo de la OEA ha sido desconocido en favor de la acción unilateral aun cuando tal acción, como en el caso del apoyo norteamericano al régimen de Balaguer contra el peligro de que los hermanos de Trujillo retornaran en 1961, seguramente hubiera logrado la aprobación del Consejo. Por otro lado, los planificadores de la política extranjera de los Estados Unidos han acudido ansiosamente al Consejo cuando así lo aconsejaba su conveniencia. La ocasión más digna de nota fue, desde luego, la Conferencia de Punta del Este en 1962 que excluyó a Cuba del sistema interamericano. Sin embargo, tal victoria fue, en el mejor de los casos, un triunfo pírrico para el Secretario de Estado Rusk, pues no sólo la delegación norteamericana obtuvo un escaso voto mayoritario en favor de su política, después de angustiosas conversaciones

<sup>24</sup> Lcdo. Hiram Cancio, Discurso pronunciado ante los miembros del Navy League Convention (San Juan, mimeografiado, noviembre de 1959).

diplomáticas, sino que se vio obligada a depender humillantemente del voto moralmente cuestionable del desagradable régimen haitiano de Duvalier para obtener el éxito. En verdad, dicha conferencia marcó la emergencia decisiva en el Hemisferio de un sólido bloque independiente de naciones líderes, incluso los "tres grandes" —México, Brasil y Argentina— resueltos a oponer resistencia a la propensión norteamericana de convertir al Sistema Interamericano en fuerza policíaca al servicio de la Doctrina Monroe. Pues no se puede interpretar de otra manera un sistema que en 1960 impone sanciones económicas y diplomáticas benignas al régimen de Trujillo en la República Dominicana mientras que, por contraste, en 1962 aísla a Cuba y fortalece de este modo las medidas punitivas de guerra económica desatadas previamente por los Estados Unidos.

Sucesos de esta índole evidentemente ponen entre interrogantes el *status* presente de la Doctrina Monroe en los asuntos de este Hemisferio. Como protección para intereses creados, la famosa Declaración es claramente ineficaz, pues el caso de Cuba demuestra que las ideas no respetan las fronteras nacionales o las barreras hemisféricas. Bajo la llamada Doctrina Kennedy aquella otra de Monroe se ha convertido en realidad en un instrumento para afirmar la supremacía de los intereses nacionales norteamericanos sobre las restricciones morales y legales que impone el derecho internacional. De esta suerte funciona para exagerar los aspectos policiales de organismos como la OEA y para reducir al mínimo sus aspectos económicos. Rehusa a los gobiernos latinoamericanos el derecho de someter sus disputas a las Naciones Unidas para discusión y decisión. Es anacrónica en términos de la logística de la guerra moderna, pues Pearl Harbor demostró, aun antes de que surgieran los proyectiles dirigidos intercontinentales, que la santidad del Hemisferio podía ser violada sin el tipo de intrusión imperialista externa que la Doctrina de Monroe anticipara originalmente. Sobre todo, sitúa a los Estados Unidos en un pedestal privilegiado en las relaciones interregionales. Y una consecuencia de este hecho, entre otras, es que el Sistema Interamericano, tal como se halla organizado actualmente, constituye —para utilizar el cortés lenguaje de la histórica carta que el Presidente Eisenhower dirigiera a los estudiantes de la Universidad de Chile— la más completa de las numerosas organizaciones internacionales del Hemisferio en que los Estados Unidos participa, un sistema por el cual estos logran la mayor parte de las ventajas mientras que incurren en el mínimo de obligaciones con respecto a sus asociados.<sup>25</sup>

Mientras tanto, y hasta que se resuelva finalmente todo esto, las

<sup>25</sup> "Cartas cruzadas entre los estudiantes chilenos y el Presidente Eisenhower"; reproducidas en las revista *Combate*, No. 11 (julio-agosto, 1960), pp. 58-69.

dos Américas continúan existiendo en una asombrosa ignorancia la una de la otra. El intercambio cultural sigue siendo mínimo. Apenas si unos cuantos estudiantes norteamericanos asisten a los cursos de las universidades latinoamericanas. En los polos opuestos del sentir, un odio absoluto ciega a los rivales. Así, por un lado, el odio norteamericano a la Revolución Cubana engendra una tergiversación casi universal en la prensa, incluso una tirilla cómica sindicada que caricaturiza grotescamente al doctor Castro como un animal que fuma cigarros. Por otro lado, la ignorancia latinoamericana de la enorme complejidad de la civilización norteamericana convierte a un libro como el del doctor Arévalo, *El tiburón y las sardinas*, en una catilinaria abusiva contra todo lo norteamericano y en una representación deformada de las relaciones de los Estados Unidos con la América Latina, presentándolas como un vergonzante historial de "dinero, pólvora e hipocresía". El juego de denuncias sensacionalistas se expande y en algunos casos llega a ser divertido, como ocurrió cuando los brasileños contestaron a la información publicada en la revista *Life* sobre los arrabales de Río de Janeiro. La revista *O Cruzeiro Internacional* publicó a su vez una información sobre la terrible lucha de los negros y los puertorriqueños por sobrevivir en Nueva York. Es interesante que tal información fuera reproducida por un periódico puertorriqueño para consumo de los lectores del Caribe.<sup>26</sup> La buena voluntad creada por los eruditos e investigadores norteamericanos, que se especializan en aspectos de la vida latinoamericana, por ejemplo, el doctor Russell Fitzgibbon o el antropólogo Oscar Lewis, con demasiada frecuencia queda cancelada por los burdos errores de los políticos y los embajadores. La obsesión patológica de los norteamericanos con el comunismo no evoca mucha respuesta de parte de los latinoamericanos para quienes el comunismo poco o nada tiene que ver con los problemas a que hacen frente. La política norteamericana engendra innecesariamente enemigos por reacción. Hay mucho de ironía y verdad en las amargas observaciones de un diputado costarricense, quien comentara que "hay dos clases de comunistas: los que respaldan al materialismo histórico, los que comulgan diariamente con el ABC del socialismo prostituido que dictan los jefes del Kremlin, y los comunistas manufacturados por los arrastradores, los idólatras y serviles seguidores de la Casa Blanca".<sup>27</sup> Tampoco es probable que esta situación quede remediada siquiera en parte a través del "intercambio" de turistas norteamericanos que visitan México y "espaldas mojadas" mexicanos que van a trabajar en los Estados del sudoeste de la Unión.

<sup>26</sup> *El Imparcial*, 17 de febrero de 1962.

<sup>27</sup> Enrique Obregón, citado en Halero Ferguson en *Public Opinion* (Kingston, 12 de septiembre de 1959).

Es evidente que ambas civilizaciones, la del norte y la del sur, tienen que irse aproximando. Un haz de tareas comunes espera la aplicación de sus energías combinadas: el establecimiento de un mercado común en el Hemisferio, la organización de profundos cambios sociales, la creación de un sistema genuino de seguridad colectiva. El papel de Puerto Rico podría ser claramente el de corredor entre los dos. Pero ese rol exige obviamente que Puerto Rico pueda presentarse como una "tercera fuerza" verdaderamente independiente, no importa lo pequeña. Además, si los norteamericanos le concedieran la independencia, su prestigio crecería en todo el continente. Contarían entonces con un fondo permanente de buena voluntad en toda la región comparable al creado por los ingleses en Asia en 1947, cuando salieron de la India. Si lo hicieran con generosidad, matarían dos pájaros de un tiro. Pues, por un lado, aliviarían los temores puertorriqueños sobre las consecuencias económicas de la independencia, emancipando así la psicología del isleño de una psicosis y, por otro lado, restarían fuerza sustancial a los argumentos de aquellos latinoamericanos que citan a Puerto Rico como evidencia de que continúa el imperialismo norteamericano. Sin embargo, si los Estados Unidos se niegan a actuar con gran visión política, la perspectiva que se vislumbra es diferente. Pues entonces, para decir lo menos, se podría empujar a los puertorriqueños a dar expresión concreta a la sentencia noblemente retadora de Muñoz Rivera en el sentido de que Puerto Rico, mártir del César, perecerá en el circo, pero perecerá sin saludar al César.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> Luis Muñoz Rivera, *Obras Completas*, 3 vols. vol. I (Madrid: 1920), p. 143.